

DEMOCRACIA Y SOCIEDAD DE MASAS.
LA TRANSFORMACIÓN DEL PENSAMIENTO
POLÍTICO MODERNO;
de María de los Ángeles Yannuzzi,
Rosario, Homo Sapiens Ediciones, 2007.

Cecilia Lesgart

CONICET/ Universidad Nacional de Rosario

¿Qué consecuencias específicamente políticas se producen con la incorporación permanente de las masas al espacio público mediante la generalización del sufragio? ¿Cómo se transforman los significados de la democracia en su ingreso a la modernidad, y particularmente en el tránsito entre los siglos XIX y XX? ¿Cómo se reformula frente a lo anterior el pensamiento político y social moderno, sobre todo el europeo? Este nuevo libro de María de los Ángeles Yannuzzi, versión revisada y corregida de su tesis doctoral defendida en la Universidad Nacional de Rosario, de la que es profesora e investigadora, quiere dar respuestas a estas preguntas.

Efectivamente, la crisis política y de las maneras en que hasta allí ella era pensada, producida por y ante el advenimiento de la democracia de masas, constituye el disparador para que la autora reconstruya las producciones de un conjunto heterogéneo de intelectuales atravesados por interrogantes comunes, y en una temporalidad que va desde 1890 hasta 1920/5. A riesgo de simplificar, el hilo estructurante de este libro puede ser sintetizado como un análisis que no sólo atrapa las transformaciones políticas producidas en

el tránsito entre los siglos XIX y XX, entre las sociedad de masas y la democracia de masas. Además, y más particularmente, el libro examina las reflexiones de pensadores políticos europeos, y las innovaciones del pensamiento político moderno a propósito de las transformaciones provocadas por la democracia de masas. Esta línea estructurante, objeto de estudio de la tesis doctoral de Yannuzzi, se aleja —como en los autores que ella misma analiza— de ser una versión optimista de la historia y de la política, coloreando los problemas y tensiones que acompañarán, de alguna manera durante el siglo XX, a una democracia naciente.

Todo este análisis se despliega a lo largo de 8 capítulos: 1. Masas y política, 2. La tradición democrática, 3. La «era de la democracia», 4. El problema de la organización, 5. Poder y democracia, 6. Liderazgo, 7. Legitimidad y validez, y 8. La democracia moderna. Asimismo, el libro se abre con una ilustrativa presentación a cargo de Ricardo Sidicaro que informa sobre la biografía personal y el derrotero de los pensadores —en sus variadas inserciones o intervenciones como intelectuales, académicos, o políticos—, de los que central-

mente se ocupa el libro (como Vilfredo Pareto, Gaetano Mosca, Robert Michels), obviando a aquellos autores e intelectuales más difundidos o conocidos localmente (Max Weber, Carl Schmitt), y la de «aquellos que quedaron en los panteones de las disciplinas que iniciaban» (como Sigmund Freud o Gustave Le Bon). Todos ellos también contribuyen y son objeto de las reflexiones de la autora.

Es de gran valor asomarse desde este libro, a la complejidad que asume la democracia como concepto y como valor no unívoco, y específicamente a los usos que de ella se hacen en su articulación con la modernidad. En efecto, a lo largo del libro, aunque explícitamente observada en dos de ellos (2 y 3) la autora logra dar cuenta de la multiplicidad de «capas de sentido recogidas en y por un concepto como el de democracia», sin que por ello se diluyan las connotaciones particulares y altamente controvertidas que configuran al término en su articulación con las masas. En un sentido general la democracia, y más singularmente la democracia de masas, va retratándose en sus empleos y significados a lo largo de los 8 capítulos. Dada la importancia y densidad de esta reflexión, y debido a que la problematización de la democracia y el advenimiento de la democracia de masas provocan un trastocamiento del Estado liberal y profundas transformaciones en las concepciones de la política, serán ellas las que ocuparán centralmente la atención de las páginas que siguen.

Sin dudas, es el advenimiento y la incorporación de las «masas de manera permanente en el espacio público y estatal» a través del sufragio universal, el punto de partida que estructura tanto el contenido del texto como la inflexión moderna de la democracia. Consideradas como un novedoso y numeroso sujeto social que obliga a producir una nueva doxa pública y que complejiza la arena política, su definición atrapa la atención de la autora en el primer capítulo, pero se constituye en una herramienta esencial a lo largo del libro. Ellas motivan una crisis teórica, conceptual y práctica de la política. Entendidas como un tipo de «comportamiento psicológico», las masas son movilizadas a través de las emociones y las pasiones, y no por la dinámica de los argumentos racionales. Su espontaneidad, el carácter no-lógico de sus acciones, su inconstancia, y su inmediatez, hacen estallar la manera en que la política había sido pensada por el Iluminismo, y ponen en crisis al individuo tal como lo había comprendido el liberalismo político. En definitiva, en el pensamiento político moderno que ellas transforman se produce, además, una imposibilidad para considerar de manera separada los problemas de la Teoría Social y la Teoría Política, y un obstáculo teórico y empírico para reflexionar sobre lo político y social como dos esferas independientes. Y así podemos leer al comienzo del capítulo 2: «valorada como sinónimo de orden político deseable, la democracia se

fue imponiendo hacia fines del siglo XIX como la forma de gobierno propia del nuevo sujeto social emergente: las masas. Incluso, la noción de democracia aparecía para los sectores más progresistas de la época, como la instancia más óptima para la superación de los distintos clivajes sociales que afloraban fracturando una sociedad política ampliada por la generalización del sufragio» (p. 73).

De esta manera, un primer peldaño dentro de las «capas de sentido recogidas en y por el concepto de democracia» es aquel donde la autora analiza la forma en que la sociedad moderna que ingresa al siglo XX, recupera a esta tradición antigua del pensamiento político que es la democracia, pero connotándola paradójicamente de un sentido positivo. Y también mítico. Ya que en su largo viaje desde la antigüedad a la modernidad, si bien no hay una extrapolación lisa y llana del referente ateniense del siglo V a.c., tanto «el mito griego» como las relecturas de Jean Jacques Rousseau que intercambian los conceptos de «voluntad general» por el de «participación directa», se constituyen en estaciones en las que el pensamiento político de principios del siglo XX busca herramientas conceptuales para dotar de significado a la democracia. Efectivamente, el «mito rector» de este pensamiento político moderno en transformación, y que será denunciado como mito por gran parte de los autores que Yannuzzi analiza, encontrará en una particular lectura de

estas estaciones una manera de legitimar, más que de renovar, la forma de gobierno y de Estado democráticos. Lo importante es que de estas reinterpretaciones, la democracia toma una primera acepción vinculada al «autogobierno» de las masas, a una forma de gobierno «directa» o «sin mediaciones», a una democracia en la que «lo que importa a todos, debe ser decidido por todos», y en donde ese «todos» está compuesto por lo idéntico y lo uniforme. Vinculadas con una específica idea de igualdad, a la que toda democracia apunta, estos sentidos de democracia prefiguran su entendimiento lejos de la idea de representación, y como una identidad entre gobernantes y gobernados.

Otro peldaño que constituye a las «capas de sentido recogidas en y por el concepto de democracia», es el que la asocia con el avance de la igualdad. Con esto, de alguna manera se cierra el problema planteado por los liberales del reconocimiento de una igualdad originaria, natural y universal del género humano. En este caso, la democracia conmueve aquella armonía original, planteando el problema de por qué si somos todos iguales no lo somos también a la hora de participar en el gobierno. El sufragio será la extensión al plano político de la igualdad, y motivo de ampliación de derechos en los planos político y social. Pero, al mismo tiempo, trae una encrucijada que acompaña a la democracia —en sus costados más positivos, y también en los más negativos— du-

rante el período analizado por Yannuzzi, y más allá. Si ha entrado al espacio público-político el número y lo heterogéneo anteriormente «depositado» en la sociedad civil, cómo hacer para construir lo común a todos. La solución a este tema encontrará en la supresión de las diferencias la posibilidad de construcción de lo común y homogéneo. En este sentido, la democracia es capaz de recortar y hasta negar espacios de libertad, lo que mirado desde la idea de libertad –al menos de la específica del liberalismo político– hace de las tendencias homogeneizadoras de la democracia un peligro autoritario. Los términos homogeneidad y heterogeneidad, a la luz de las tensiones igualdad y libertad o democracia y liberalismo, son motivo de reflexión en distintas partes del libro (capítulos 2, 3, 4 y 5).

Con todo esto, se puede ingresar a otra de las «capas de sentido recogidas en y por el concepto de democracia». Sabemos que la inserción permanente de las masas en el espacio público ha provocado una profunda transformación en la que se han compenetrado lo social y lo político, Estado y sociedad, público y privado. Tampoco la política es lo que era. Entendida como política democrática, elimina todas las despolitizaciones y neutralizaciones típicas del siglo XIX y se acerca a una forma de lucha y de guerra. Y así como la sociedad ha ingresado al Estado con el sufragio, el Estado «se encuentra en todas partes», ya no puede

permanecer neutral a los conflictos y a las diferencias, y en su camino de penetraciones y regulaciones todo lo politiza y estataliza. Ha entrado en crisis el Estado liberal, constatación que es empírica, pero que en un conjunto de pensadores cobra relevancia para mostrar también, la oposición entre el liberalismo y la democracia en el tránsito entre los siglos. En este sentido son importantes para Yannuzzi otros dualismos que se engarzan con la oposición descrita más atrás: el de formas de Estado –liberal o democrático–, y principalmente el de las formas de gobierno. Efectivamente, en su ingreso al siglo XX, la democracia inaugura una «nueva era» en la que las palabras democracia y masas serán utilizadas como términos análogos y equivalentes. En este trayecto, la noción de democracia como «gobierno de los representantes» fue asimilada al parlamentarismo, mientras que la de «gobierno de masas», que además vino a sustituir a la anterior, se convierte en un sinónimo de «gobierno directo», o «gobierno del pueblo». De aquí en más, podrá seguirse el recorrido ciertamente contrapuesto que recorren el gobierno representativo o parlamentarismo, y el gobierno de las masas o formas directas del ejercicio de la misma. Y en forma simétrica a esto la crisis del Estado Liberal y del parlamentarismo como forma de gobierno, frente al Estado democrático y del gobierno del pueblo, también entendidas epocalmente como maneras contrarias y opuestas de organi-

zar el poder político y las relaciones entre Estado y sociedad.

Un nuevo escalón «de sentido engrosa al concepto de democracia». La oposición dual y el uso como antónimos entre liberalismo y democracia, contrastan con la fluida relación entre democracia y socialismo en el mismo período, que serán presentados como sinónimos intercambiables. Aunque esto no debe confundirse con algo que Yannuzzi se encarga de remarcar, y es que la democracia se ha convertido en un criterio de legitimidad, y son distintos los actores políticos capaces de apropiarse de ella, enunciando y anunciando ser sus promotores —desde los liberales progresistas hasta los socialistas—.

De todas maneras, es el socialismo y son los socialistas quienes se arrojan la capacidad de realizarla efectivamente. Nuevamente aquí, la autora explica con agudeza los problemas que surgen con la cuestión de la igualdad. Y es que, a diferencia de lo que se vio anteriormente, algunos socialistas —digamos, en su costado reformista— y el socialismo en general, van más allá de aquel reclamo de la igualdad como un derecho universal, y también como una igualación política. La reivindicación es la de la igualdad social que se pretende suprimiendo la peor de las asimetrías, la de la división clasista que constituye el fundamento mismo de la explotación, y la de la eliminación de la propiedad en el sentido en que la entendía el liberalismo político clásico. En este período será la so-

cialdemocracia —y sobre todo la alemana, quien es presentada como el partido político socialista moderno más importante de Europa— y la expansión general del socialismo en la última década del siglo XIX, quienes se proponen la construcción de un orden socialista superador de la «democracia burguesa formal» que no consigue articular plenamente el concepto moderno de igualdad. Pero es esta democracia calificada y denunciada como burguesa y formal la que se presenta como antesala y también como medio para la verdadera realización de la democracia. A partir de todos estos sentidos y desde esta vertiente, el término democracia se presenta en sinonimia con el de socialismo. Ambos se pretenden arribando a una igualdad homogeneizadora, que será la que posibilite la construcción del socialismo.

Sin embargo, remarca la autora que la sinonimia con la que se utilizaron los conceptos democracia y socialismo en el imaginario político de la época, fue generando resistencias diversas, tanto en sectores liberales como entre los conservadores. A esta intolerancia también contribuyeron otros atributos con los que era pensada la democracia en asociación con el socialismo comentados más arriba, como por ejemplo, la homogenización y supresión de lo diverso que ambos suponían. Además, la asimilación de la democracia con el socialismo, fue vista y denunciada en su dificultad empírica por un conjunto importante de pensadores políticos del

período. El análisis partía de una consideración: la democracia podía ser apreciada como un ideal de realización futura a partir del modelo de la democracia ateniense y/o como gobierno directo del pueblo, pero pensada empíricamente y en las condiciones de masificación presentes, ese ideal de democracia tenía fuertes problemas prácticos para su realización. Es decir, mirada desde el costado de la política práctica, o desde la política como quehacer cotidiano del político, la democracia –o el socialismo– podía ser una teoría –o consigna– útil socialmente puesto que colaboraba en la cohesión y movilización de las masas. Pero mirada desde el lado de la ciencia ella era una realización imposible, y su contenido no podía ser juzgado como verdadero o falso, sino que en todo caso podía ser comparada con una especie de «nueva religión» o «nuevo evangelio» laico, una creencia o una fe capaz de prometer el paraíso en la tierra. En definiti-

va, desde esta disociación entre ciencia y política, emergía una consideración de la democracia que era necesario «desmitificar», y que en vez de ser una novedosa forma de presentar el ejercicio del poder político, suponía una forma de legitimar o de justificar el poder político.

Este nuevo libro de María Yannuzzi que completa y diversifica una línea de investigación ya abierta y publicada en *Intelectuales, masas y élites. Una aproximación a Mosca, Pareto y Michels*, es una lectura altamente recomendable para aquellos interesados en las transformaciones de la tradición teórico-política democrática en distintos puntos del tiempo: de la antigüedad a la modernidad, en el tránsito entre los siglos XIX y XX, en los confines del pasado siglo XX, y en el inicio del presente nuevo milenio, en donde los problemas abiertos por el pensamiento político tratado por la autora cobran un renovado vigor.